

MONSEÑOR FRANCISCO CASES ANDREU
OBISPO DE CANARIAS



HOMILÍA EN LA ORDENACIÓN DE PRESBITERO

CATEDRAL BASÍLICA DE SANTA ANA. LAS PALMAS DE G.C.
1 DE OCTUBRE DE 2016

ADAY J. GARCÍA JIMÉNEZ

Números 11, 11b-12. 14-17. 24-25a

Salmo 115, 12-13. 15-16bc. 17-18

Hebreos 4, 14 - 16

Marcos 3, 13 - 19

HOMILÍA EN LA ORDENACIÓN DE PRESBITERO

CATEDRAL BASÍLICA DE SANTA ANA. LAS PALMAS DE G.C.
1 DE OCTUBRE DE 2016

Mis queridos Hermanos todos, mis queridos Hermanos Sacerdotes, mis queridos Formadores y Seminaristas, del Mayor y del Menor, muy querido Aday.

Hoy es una jornada de gran alegría para la Iglesia Diocesana, que todos vivimos con gratitud para con el Buen Pastor. Te ha elegido a ti, Aday, pero lo ha hecho pensando en todos nosotros; te enriquece a ti con su gracia para que tú nos acerques el amor misericordioso y la solicitud de Padre Dios. Es como un vaso de agua fresca en las gargantas de nuestras comunidades reseca por la escasez vocacional. Andamos pensando y calculando cómo responder a tantas exigencias y cómo organizarnos para atender tantas necesidades que vemos para acompañar a las gentes de nuestra Diócesis. Y por eso el primer grito que hoy pronuncian nuestros labios es: ¡Gracias, Padre! ¡Gracias por Aday! ¡Gracias por los seminaristas, mayores y menores, que caminan alegres soñando en celebraciones como esta! ¡Gracias porque confiamos en que no nos faltarán jóvenes que escuchen la llamada de Jesús, y sientan las necesidades de la comunidad cristiana y de la misión para responder con generosidad con la entrega de su vida! ¡Gracias por los hombros cansados de tantos hermanos Sacerdotes de nuestro Presbiterio que, a pesar de los años y de la dificultad de la tarea, no dudan en seguir; y por tantos jóvenes y menos jóvenes que redoblan la carga para llegar a todos!

La palabra de Dios en el libro de los Números nos acerca al corazón cansado de Moisés en un momento similar al nuestro: "*¿Por qué haces cargar a tu siervo con todo este pueblo. Yo solo no puedo cargar con todo este pueblo, pues supera mis fuerzas*".

Sí, a Moisés le pesa el pueblo, por el número y también por la debilidad del mismo pueblo, además de la suya propia. El pueblo es numeroso, pero al pueblo le cuesta aprender a ser libre, le cuesta aprender a vivir pendiente de la guía de Dios por un desierto duro y difícil, le cuesta no volver los ojos y el deseo del corazón a las comodidades de Egipto, le cuesta sentir la lejanía de un Dios que parece esconderse en lo alto de los montes. Moisés tiene la enorme tarea de conducir a su pueblo, pero no solo físicamente. Su trabajo es hacer de un puñado numeroso de esclavos fugitivos un pueblo, una familia unida, y un pueblo que sea Pueblo de Dios, que tenga en Dios su guía y su referencia.

El número, pero sobre todo la grandeza de la tarea, puede asustar y hacer vacilar y hasta quejarse a todos los buenos pastores, pero esa es la misión. Ignacio de Antioquía recomendaba a Policarpo, el obispo de Esmirna que le había hospedado en su viaje hacia el martirio: *"Llévalos a todos sobre ti como a ti te lleva el Señor. Sopórtalos a todos con espíritu de caridad... Carga sobre ti, como perfecto atleta, las debilidades de todos"*.

En realidad solo uno, el Siervo de Yavé, ha cargado con todos y ha soportado las debilidades de todos. *"Todos errábamos como ovejas, cada uno siguiendo su camino, y el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes"* (Is 53, 6). Y el Siervo buscó y busca quien quiera compartir la carga con Él. Busca quien quiera buscar con Él la oveja perdida, encontrarla y cargarla sobre sus hombros para llevarla a casa. Y para eso, como hizo con Moisés, reparte su Espíritu. El Espíritu fortalece para llevar sobre los hombros al pueblo. El Espíritu hace que las diversas ovejas y los diversos pastores sean uno solo. Como decía San Agustín, *todos los buenos pastores son, en realidad, como miembros del único pastor y forman una sola cosa con él. Cuando ellos apacientan es Cristo quien apacienta* (Sermón 46, 30). Moisés llevó al Señor setenta ancianos al servicio del pueblo. En la Nueva Alianza el

Espíritu del Señor hace ancianos, presbíteros, a quienes cuentan menos años. *Se trata -decía San Juan Pablo II- de un ministerio que pide al sacerdote una vida espiritual intensa, rica de aquellas cualidades y virtudes que son típicas de la persona que preside y «guía» una comunidad; del «anciano» o presbítero en el sentido más noble y rico de la palabra. En él se esperan ver virtudes como la fidelidad, la coherencia, la sabiduría, la acogida de todos, la afabilidad, la firmeza doctrinal en las cosas esenciales, la libertad sobre los puntos de vista subjetivos, el desprendimiento personal, la paciencia, el gusto por el esfuerzo diario, la confianza en la acción escondida de la gracia que se manifiesta en los sencillos y en los pobres (cf. Tit 1, 7-8) (PDV 26).*

El Evangelio que has proclamado hoy, Aday, hay que leerlo despacio, descubriendo la fuerza de cada palabra en tan pocas líneas. Llamó a los que quiso, y se fueron con Él. E instituyó doce. No hemos sido nosotros. En el origen de la historia vocacional de cada uno hay un amor primero, el suyo, que nos eligió porque quiso, y nos llamó para irnos con Él. Ha ido recogiendo pescadores, un publicano, el amigo y el hermano de este y aquel. Y llega el momento de dar un paso más: llamó a los que quiso y se fueron con él, pero no cada uno aislado y unido solo a Él. *Hizo doce.* Es una expresión extraña en el texto original: hizo doce. Es evidente la alusión a las doce tribus de Israel, pero en esta expresión se da importancia al número como tal, al conjunto, como si cada uno de ellos, aunque en seguida sean citados singularmente con sus propios nombres, no significase nada en realidad, sino por su pertenencia a ese número, a ese conjunto. Y así serán reconocidos en adelante: los Doce. E incluso se citará a veces el nombre de uno de ellos añadiendo "uno de los doce"; así se hace frecuentemente con Judas Iscariote, y en una ocasión con Tomás. Después de la traición de Judas se seguirá acentuando el sentido del grupo, nombrándolo: los Once. Y después de la elección de Matías, se volverá a la designación: los Doce.

Para nosotros hoy este hecho tiene singular importancia. Querido Aday: como cualquiera de los ministros ordenados que estamos aquí, tienes un nombre y una historia propios, que incluye tu historia vocacional. Pero hoy empieza para ti una historia que te marca especialmente. Como nos enseñó San Juan Pablo II: *"el ministerio ordenado -este que se te confía- surge con la Iglesia y tiene en los Obispos, y en relación y comunión con ellos también en los presbíteros, una referencia particular al ministerio originario de los apóstoles, al cual sucede realmente"* (PDV 16). *El ministerio ordenado tiene una radical 'forma comunitaria' y puede ser ejercido solo como 'una tarea colectiva'.* Al servicio de la Iglesia universal y de la Iglesia particular *constituye con el Obispo un único presbiterio* (PDV 17).

Yo no soy Obispo en abstracto, sino con una denominación de pertenencia que me configura y me marca como una gracia, un regalo recibido de Dios: obispo de Canarias, con un presbiterio y un pueblo concretos, y miembro del Colegio Episcopal que con Pedro y en obediencia a Pedro, me comprometo al servicio de toda la Iglesia universal. Tú no vas a ser presbítero en abstracto, sino con una denominación de pertenencia que te configura y te marca como una gracia, un regalo recibido de Dios: presbítero de la Iglesia de Canarias, con un Obispo y un presbiterio y un pueblo concretos, y con ellos una proyección universal. Este *'hizo Doce'* del Evangelio de Marcos es una fuerza singular que nos invita a cuidar y crecer en los dones personales, y a ponerlos en el juego de lo de todos para beneficio y crecimiento de lo común, en la Iglesia y en el mundo.

Los llamó e hizo doce para que estuvieran con Él. Ni el Señor ni la Iglesia te llaman, nos llaman, para hacer una serie de cosas que son buenas para la gente, y que son necesarias. Eso sería poco más que una contratación laboral. El Señor llama porque quiere seguir haciendo Él, Él mismo, lo que hizo en los días de su vida mortal. Pero ahora a través de nuestra pequeñez.

Él no deja de ser el que actúa. Por nuestra parte se trata de permitir que se transparente el Buen Pastor. *Pastores Dabo Vobis* llama transparencia y epifanía a la realidad de nuestro ministerio. Nuestro hacer manifiesta, hace presente, transparente la luz y la fuerza que solo en Jesús, el Señor Resucitado, tienen y pueden tener su origen y su eficacia.

No se trata de que los reunió junto a Él para que fuesen aprendiendo en su cercanía lo que más tarde tendrían que hacer solos. Ni ellos ni nosotros solos sabríamos ni podríamos hacer nada. No, la comunidad apostólica no fue una escuela de prácticas y recursos pastorales. Los llamó para que estuvieran con Él en su caminar hasta Jerusalén. Ellos lo abandonaron y dejaron solo ante la muerte. Pero el Señor Resucitado los congregó en Galilea de nuevo para que estuvieran con Él y siguieran con Él hasta los confines de la tierra y hasta el fin del mundo. Sería Él quien quedaría con ellos para siempre. Con ellos y con nosotros. Es esencial estar con Él. En medio de grandes preocupaciones y complicaciones de horarios, no puede faltarnos la conciencia de 'estar con Él' y un tiempo constante de 'estar con Él'.

Para enviarles a predicar. Es lo que caracteriza a Jesús. Para eso vino, para eso fue enviado por el Espíritu. Lucas en Nazaret nos presenta a Jesús hablando de la finalidad de su misión: anunciar el Evangelio a los pobres, proclamar el año de gracia del Señor. O lo que es lo mismo, cuidar la higuera que no da fruto, para que dé fruto, hacer presente la paciencia, el perdón y la misericordia del Padre. Invitarse a casa de Zaqueo, sentarse junto a un pozo para esperar a la samaritana, liberar a la adúltera de la condena de los fariseos y de su propio pecado, sentarse a comer con publicanos y pecadores hasta que le llamen comilón y borracho. Jesús no sólo inventa y anuncia parábolas de misericordia, es su propia vida la fundamental parábola de misericordia.

Cuando reúne a los doce con Él y cuando los vuelve a reunir y enviar después de la Resurrección, lo hace para enviarles a predicar. No es solo para que aprendan a predicar o prediquen como Él, sino para que Él siga predicando por ellos, para que Él siga haciendo presentes sus palabras y sus gestos, la parábola de su vida toda, en las vidas de los Doce y en las nuestras.

Con poder para echar demonios. Pareciera que cada momento tiene sus demonios. Pero antes hay algo que los identifica a todos, porque todos son hijos del padre de la mentira. Los demonios, el demonio se caracteriza porque engaña, seduce y confunde. Y confundiendo y engañando con la mentira, divide, distancia, rompe los vínculos que el Amor de Dios puso en todos sus hijos. Al demonio se le expulsa con la Verdad del Evangelio, y se le echa con el Amor que reúne, acerca y fortalece los lazos de la filiación y la fraternidad.

Hoy nuestra palabra y nuestra vida echarán los demonios de la indiferencia y de la dureza de corazón, los demonios del individualismo y de la huida a la privacidad. Así haremos de la Iglesia un "nosotros" familiar, en donde se aprende cada día a convivir en la diferencia, a pertenecer a otros, a gozar en la transmisión de la fe a los pequeños, a acoger a los pobres y a los pecadores, a perdonarnos unos a otros, a congregar a tantos como se sienten cercanos a Jesús, pero en diáspora y en perplejidad, como dudosos de atravesar el umbral de la casa de los cristianos.

Hermanos todos, que nuestras vidas faciliten a todos el *comparecer confiados ante el trono de la gracia, para alcanzar misericordia y encontrar gracia en Jesús.*

Que Él nos bendiga con su amor y nos llene de amor mutuo.

✠ Francisco, Obispo